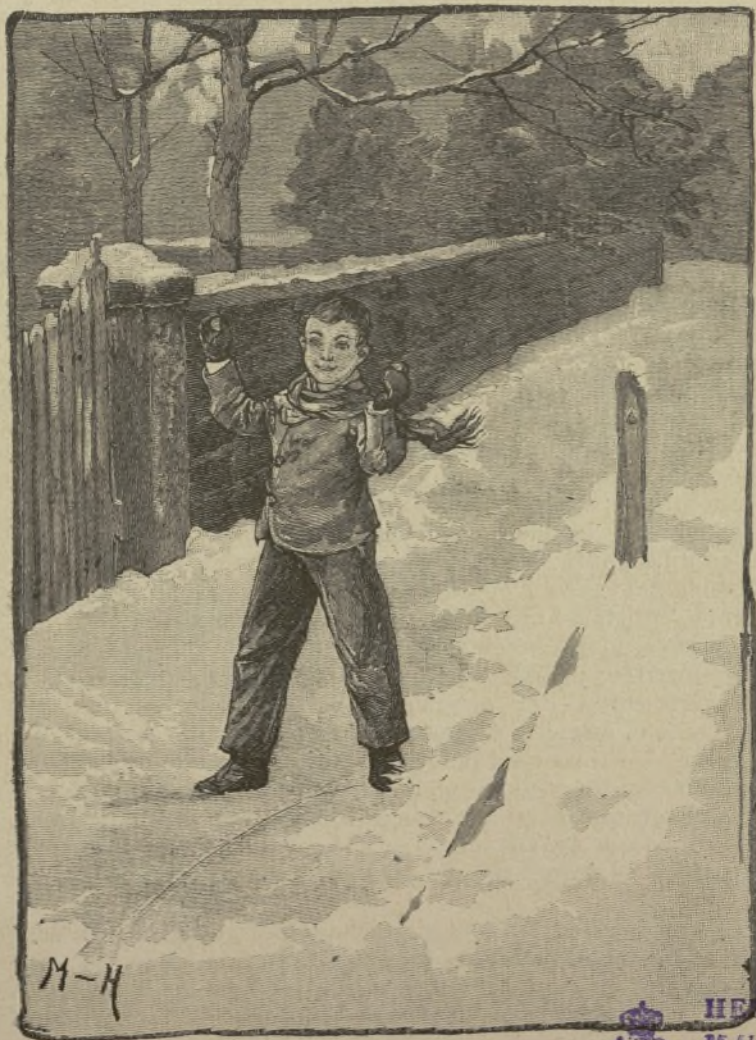




SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II 29 de enero de 1888 Núm. 13



LOS MITONES DE PEPITO



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

CAMINO DEL CIELO

I

PERIUÍN!... ¡Periuín!... ¿Duermes?... Soy yo... Gabriel... ¡Anda!... Despierta y vénte conmigo al Cielo. Verás qué hermoso es aquello...

El niño, que reposaba con el sueño profundo de la infancia, se estremeció sin abrir los ojos, comenzó luego á dar señales de vida, removiéndose inquieto en el lecho, sacó los brazos fuera del embozo, y se incorporó al cabo, luchando por despegar los párpados, que le pesaban como si de plomo fuesen. Sin acabar de sacudir su modorra, escuchó la voz que le llamaba, desconoció su timbre, y, entrándole súbito un miedo espantoso, se acostó de repente, tapándose con la sábana hasta la cabeza para no ver las siluetas que proyectaba en la pared la lamparilla que alumbraba la alcoba. Así permaneció temblando, acurrucado, despejado ya, sin atreverse á mover, mientras la voz que le había despertado continuaba llamándole en las sombras. Pero aquella voz era tan dulce, tenía un dejo tan simpático, que Periuín se fué tranquilizando, y, sin meter ruido, con mucho tiento, se atrevió á levantar por un lado la ropa que le cubría, y asomó á la postre la cabeza por entre los pliegues de la colcha. Junto á la cama, de pie derecho, sin quitarle ojo, había un jovencito, rubio como las gramas de la paja, vestido con un largo túnico celeste, y con una cara de bondad que no se le podía mirar sin sonreírse de alegría. Periuín recordó en seguida los cuentos de su madre y los trozos que leía en el colegio, y, desechando sus miedos, apartó en definitiva el cobertor, y sentándose en la cama murmuró, como dándose una satisfacción á sí mismo:—¡Toma! ¡Este debe de ser el ángel de los niños!

¡Vaya unas horas de viaje! ¡A la madrugada!... Sí, señor: él iría con mucho gusto en tan buena compañía aunque fuese al fin del mundo, pero ¡renunciar al calorcillo de la cama con una noche tan perra!... Y no era cosa de emprender desnudo la marcha al Cielo, que está tan arriba, tan arriba... Porque él no sabía vestirse solo... ¡Qué contratiempo! Pero el ángel insistió, aseguróle que yendo juntos no sentiría frío, y, venciendo al cabo la resistencia de Periuín, le envolvió en una manta, le cogió en sus brazos, abrió el balcón del dormitorio, y, desplegando unas alas de finísima pluma que le salían por las aberturas del túnico, se remontó por los aires con el niño.

¡Madre de Dios, lo que se elevaron!... Periuín había vuelto á experimentar un miedo horrible, y barbotaba cuantas oraciones sabía para que la Virgen les librase de una caída. Por lo demás no le iba mal en su expedición: no se mareaba, y, como el ángel le prometió, apenas si notaba el hielo de la noche. Y volando volando, subían, subían, y pasaron por entre los astros, que fulguraban en aquellas alturas como inmensas ascuas, y comenzó á amanecer, y dejaron atrás el sol, que parecía de cerca una colosal pupila de fuego; y continuaron ascendiendo á través de una cadena de nubes de púrpura; hasta que al cabo plegó el ángel sus alas y se detuvieron: estaban á la vista del Cielo.

¡Qué sitio tan hermoso! Por allí penetraban los niños en la gloria: un resplandor suave como el de la amanecida iluminaba el paraje; espeso tropel de rosas sin espinas, en cuya alfombra moría todo rumor de pasos, extendiase ante la puerta; y la entrada se abría en el centro de una gigante estrella que irradiaba de sí un fleco de rayos de luz. La entrada estaba abierta, y se oían adentro acordes de arpas y voces de serafines entonando al unísono dul-

ces sonatas que repercutían con extraño ritmo en el silencio del espacio. ¡Y aquello era sólo la puerta del Cielo!... ¡Ah, sí! En aquel lugar debían pasarlo muy bien los niños... Y sin que el ángel acertara á detenerle, acordándose de su madre y ansiando contarle cuantas maravillas había visto, apretó á correr Periquín y... se despertó. Hallábase en su cama, y todo había sido un sueño.

II

Angelina, la vecinita que jugaba todas las tardes con Periquín, su amiga inseparable, acababa de morir arrebatada por unas calenturas crueles que en



Los mitones de Pepitc

una semana se la llevaron de este mundo. ¡Qué lástima! ¡Formaban la niña y el muchacho tan encantadora pareja! Ella era trigueña y menuda: él moreno y alto; ella tenía los ojos azules y los cabellos rubios: él las pupilas pardas y el pelo negro; ella contaba cuatro años y pico: él sumaba cinco justos. Era, en verdad, un dolor, semejante pérdida. Y, ahora, ¿con quién iba á compartir Periquín sus alegrías y alborozos? Ciertamente tenía su hermanito, al que adoraba y con el que muchas veces se distraía; pero la tierna criatura aun no había cumplido los veintitrés meses, y no podía jugar con ella, como con Angelina, al toro y á las mulas.

La propia mamá de Periquín fué la que le dió la fatal noticia de la pérdida de su amiguita. ¡Con qué desconsuelo se echó á llorar el niño al saberlo!

Se habían criado juntos y se querían con delirio. Y eso que, en la mente infantil del muchacho, todavía la idea de la muerte se ofrecía oscura y borrosa; pero con el instinto peculiar de los pocos años, que suple á la falta de un entendimiento formado, adivinaba él, en la desgracia, toda la monstruosidad de la separación eterna.

—¡Angelitos al Cielo!—dijo con grave tristeza la mamá de Periquín al comunicarle el suceso.—¡Dios sabe cuántas amarguras se ahorrará con su marcha!

El mundo se halla erizado de espinas, y hay que andarlo con pies de plomo. ¡Para una alegría que logramos en la existencia, se cosechan tantas penas!... Enfermedades, contratiempos, desengaños... ¡Bien ha hecho la pobre Angelina en huir á la gloria!

Periquín, que oía tal retahíla sin entenderla del todo, acordóse de su sueño, y, recordando también cuán hermosa se le ofreció la puerta del Cielo, preguntó afanoso á su mamá:



Cuna, niña y todo

—Pero ¿tan bonita es la gloria?—¡Que sí era! ¡Pues ya lo creo! Allí no hacía frío nunca: siempre reinaba en tal sitio una temperatura de primavera, y todo el día se lo pasaban los niños jugando. Esto último sonó con delicioso ritmo en los oídos de Periquín; y de tal suerte le ponderó su mamá el Cielo, que el muchacho concluyó por no lamentar la muerte de su amiguita y por tenerle como cierto dejo de envidia.

III

¡Mal año para los niños!... Dos ó tres meses después de la muerte de Angelina, caía el hermano de Periquín herido por la difteria. ¡Era el primer hijo



Cuna, niña y todo

que la doliente madre perdía... no habia precedido enfermedad ninguna... la suerte le descargaba el golpe de imprevisto... con una sencillez feroz, con una naturalidad horrible! La pobre criatura se acostó buena y sana y amaneció en la gloria. Así muchas veces, en las tormentas caniculares, estalla un solo trueno y ése produce el rayo.

Todo el mundo se creyó que la mamá de Periquín se volvía loca. La tarde en que se llevaron su hijo al cementerio, se recostó en una butaca, con el rostro entre las manos y la cabeza caída de cara contra el respaldo del asiento, y así se estuvo llorando, llorando, bajito, muy bajito, sin alardes, sin sollozos, con todo su dolor metido en el alma. No quiso comer, huyó de las gentes, no prestó oídos á nadie, y sólo, una de las veces en que Periquín se acercaba compungido á consolarla, le dijo dándole un beso muy tierno:—¡Ya te has quedado solo, mi vida, ya te has quedado sólo!... ¡Ya se ha ido al Cielo tu hermanito!...—Y con tan intenso dolor y entre un tropel de lágrimas tan grande fueron pronunciadas estas palabras, que el niño sintió también impulsos de llorar, y, tragándose una pregunta que no se atrevió á dirigir al acordarse de la pintura que su madre le había hecho de la gloria y de lo que vió él



El ganso del tío Benito

mismo á la entrada, se separó desconcertado, pensando, sin acertar á responderse:

—Pues si mi hermanito está en el Cielo, donde tan bien les va á los niños, ¿por qué llora mi mamá con tanta pena?...

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LA CAMELIA Y LA VIOLETA

ENCONTRÁRONSE un día, en un jardín, el pretensioso Orgullo y la encantadora Modestia; saludáronse ceremoniosamente, y con irónica sonrisa preguntóle el primero á la segunda:

—¿Aquí, qué buscas Modestia?

—Una flor que me represente dignamente.

—¿La querrás muy bella, por supuesto?

—Al contrario: busco la más pura, la más modesta é ignorada.

—¡Ah tontona!—replicó el Orgullo con despreciativo acento.—Pues yo busco para mí la de más brillantes colores, la más bella y hermosa, la más altiva y espléndida de todas.

Separáronse silenciosamente, yendo cada cual en busca de la flor que apetecía.

El Orgullo se aproximó á una rosa, mas al percibir sus delicados perfumes se sintió humillado y se refugió junto á un lirio: la esencia de éste aumentó su confusión. Vió un clavel que brillaba con los destellos de un diamante rojo, llegó á él, y le cegó de ira la tersura de sus encendidas hojas. Descubrió luego un soberbio girasol que, como el acero al imán, iba siguiendo al magnífico astro del día, y frenético de gozo exclamó:

—Este será mi emblema.

—Pero la hermosa flor continuó girando, sin dignarse fijar la atención en su infatuado pretendiente.

Entonces descendió hasta los pensamientos, las siemprevivas y flores silvestres; mas todas desdeñaron sus promesas, ninguna se dejó seducir por sus pomposas ofertas.

A su vez la Modestia discurría sosegadamente por el hermoso jardín: veía las flores que se mecían en sus tronos de esmeralda, y ruborosa separaba de ellas sus ojos pensando:—¡No soy digna de poseerlas!—Y las flores la llamaban.—Llévanos contigo, le decían.—Y ella pasaba, pasaba muy de prisa por no ceder á la tentación. Iba á retirarse, cuando un pequeño perfume suave y



Esperando la felicitación de año nuevo

delicado la detuvo: buscó la flor que lo despedía, pero vanos resultaban sus intentos. El perfume, sin embargo, con tal intensidad se percibía, que la Modestia redobló sus esfuerzos para dar con la flor que lo atesoraba. Entonces, oculta entre un bosque de verdor, sin atreverse á recibir los besos del sol ni las caricias de la brisa, descubrió una pequeña flor azulada que se inclinó á su paso. La Modestia se bajó hasta ella, é, imprimiéndole un amoroso beso,

—¿Cómo te llamas, bella flor?—le preguntó.

—Violeta,—contestó la interrogada.

—¡Violeta,—exclamó la Modestia;—tú serás mi emblema, tú mi compañera inseparable; siempre iremos unidas las dos!

Desmayaba el Orgullo de encontrar la flor apetecida, cuando descubrió una soberbia planta de camelias. Desatentado, iba á arrancar una de las hermosas flores, cuando desdefiosamente le preguntó ella:

—¿Tú, quién eres para pretenderme?

—¿Que quién soy?—repitió el Orgullo. — Soy tu esclavo, tu más rendido amador. Yo te daré perlas más finas y brillantes, más valiosas, que las que la aurora derrama entre tus tersas hojas; te daré coronas de oro más duraderas que las que te ofrece el sol; palacios maravillosos, donde reinarás como la más hermosa de la flores. Todo, todo puedo dártelo: soy poderoso é invencible. ¡Soy el Orgullo!...

—Por ti yo suspiraba,—contestó la insensata flor.—Llévame pronto contigo: sácame de este jardín.

El Orgullo, delirante de alegría, arrancó de su planta á la camelia, y, arrastrados por el viento, fuéronse á habitar los palacios imaginarios que le había ofrecido.

Hermosa era la camelia, pero falta del suave perfume que tanto cautiva en la modesta y sencilla violeta, tanto más bella cuánto mayor es su recato.

¿Cuál será el niño (ya que los niños son florecillas nacidas en el gran jardín del mundo) que preferirá, como la camelia, ser juguete del Orgullo, en vez del amigo constante de la Modestia, como fué la delicada violeta?

MARIBLANCA



EN LA TUMBA DE MI MADRE

Durmiendo yo en mi cuna
en sueño blando,
al despertarme alegre
te vi á mi lado;



y, al contemplarte
mis labios infantiles
dijeron: «¡Madre!»

Cuando dejé la cuna
volaste al Cielo:
te llamaron mis lágrimas
y mis lamentos,
y, entristecida,
murmuraron mis labios
un «¡Madre mía!»

Hoy, cuando en mi amargura
doliente sufro,
vengo á buscar consuelo
en tu sepulcro;

Los chicos
y las ranas

y aquí postrada
exclamo entre sollozos:
«¡Madre del alma!»

Viva me protegías:
me amparas muerta;
á tu influjo querido
ceden mis penas;
y es que la madre,
al remontarse al Cielo,
se trueca en ángel.



CIOTILDE AURORA PRÍNCIPE

* NUESTROS GRABADOS *

LOS MITONES DE PEPITO

Los mitones se ponían de moda cuando apretaba el frío; y como los dedos del niño Pepito se entumecían, su abuela quiso hacerle unos mitones encarnados. Cuando estuvieron concluidos, la buena anciana ocultó en cada dedo una moneda de dos cuartos, envolviéndolos cuidadosamente en un papel y se los envió al niño.

Cuando Pepito recibió el regalo, saltó de alegría al ver aquellos mitones tan bonitos, adornados con florecitas de seda y borlitas; pero cuando al ponérselos vió que cada dedo contenía una moneda, su placer y satisfacción no tuvieron límites.

—¡Querida abuelita!—exclamó.—¡Qué buena es para su nieto!

Y bien tapadas las manos con sus mitones, y con los cuartos en el bolsillo, corrió á la confitería para comprar alguna golosina, pensando en la generosidad de su abuela, á la cual debía el dulce calor que experimentaba en las manos.

CUNA, NIÑA Y TODO

Los ojos de la niña eran como dos pedacitos de cielo, pero mucho más bonitos y azules; su cabello parecía una guedeja de oro; la boquita era muy pequeña, roja como una cereza. Todo el mundo decía que era la más hermosa criatura de la ciudad.

Para su mamá era la más hermosa de todo el mundo. No se sabía cómo llamarla para expresar bien sus encantos; pero al fin se convino en darle por nombre Rosa.

Ahora bien: con esta niña no vivían en la casa más que su papá y su mamá y el perro Fido, muy joven y pequeño, y aficionado á colocarse junto á la cuna cuando la niña dormía. Si alguien entraba en el cuarto, ladraba al punto y la niña se despertaba.

Cierto día de verano, cuando las grosellas estaban ya maduras, mamá dijo á papá:

—¿Quieres que te haga hoy un pastel de fruta?

—Con mucho gusto.

—Pues llevémonos la cuna y todo, y vamos á la pradera á coger la fruta.

Papá se sonrió; pero como el prado estaba cerca y la cuna pesaba poco, cogió esta última, con la niña y todo, y púsose en marcha. La mamá, con una cesta pendiente del brazo iba detrás, y el perro Fido cerraba la marcha, meneando la cola.

Cuando llegaron al prado, la niña dormía profundamente. Papá dejó la cuna en tierra y ordenó á Fido que la vigilara, pero el animal comenzó á ladrar, sin duda porque el aire estaba lleno de moscas.

—Picarán á la niña,—dijo mamá.

—No tengas cuidado,—contestó su esposa;—encenderemos una pequeña hoguera y verás cómo se van.

Reunieron algunas astillas y ramas cerca de la cuna, prendiéndoles fuego, y poco después la llama y el humo ahuyentaron á las moscas.

—Ahora vamos á coger la fruta,—dijo papá.—Fido guardará la niña.

La mamá besó á su hija y siguió á su esposo, pero no hubieron de alejarse mucho: las grosellas estaban maduras, y había tal abundancia que muy pronto quedó llena la cesta.

Desde el sitio donde se hallaban no podían ver á la niña, pero creíanla del todo segura. Sin embargo, no lo estaba, y, muy lejos de ello, la linda Rosa corría peligro.

El viento comenzaba á soplar con fuerza; el fuego encendido comenzó á quemar las yerbas, muy secas ya; y las llamas comenzaron á elevarse hacia la preciosa cuna.

Papá no pensaba volver aún; pero de pronto oyó al perro ladrar, y echó á correr, seguido de mamá.

El fuego había alcanzado la cuna, pero sin tocar á la niña, que se había despertado y lloraba.

Papá cogió á la criatura en brazos, mamá profirió un grito de alegría, y Fido ladró de gozo; pero fué necesario trabajar para apagar el fuego. Conseguido esto, todos volvieron á casa, sin pensar ya en la fruta; pero papá tuvo cuidado de llevar lo que había: «la cuna, la niña y todo.»

EL GANSO DEL TÍO BENITO

El tío Benito tenía más de cien aves domésticas entre gallinas, pavos y gansos, á las cuales alimentaba y cuidaba con la mayor solicitud. Entre estas aves distinguíase un corpulento ganso blanco que parecía haberse encariñado mucho con el tío Benito. Precipitábase cuando sus compañeras corrían, y esforzábale siempre para llegar primero.

Cuando las otras aves habían comido se retiraban, pero el ganso permanecía junto al amo, ó seguiale como un perro. Si le veía uncir el caballo al carro, permanecía al lado; y cuando el tío Benito se dirigía á la pradera, seguiale al punto sin vacilar, picoteando la



Un huésped en la escuela

yerba que encontraba al paso. No tenía hijuelos: de lo contrario, hubiera sido curioso ver cómo les enseñaba á querer al tío Benito.

Todos los animales aman á las personas que los tratan con bondad.

ESPERANDO LA FELICITACIÓN DE AÑO NUEVO

—Parece que no piensan en mí, aunque yo estoy ya preparada para recibir á cuantos vengan á verme,—decía la niña Clotilde, sentada en una gran silla, con ademán pensativo. —Seguramente habrá un buen refresco y dulces, y yo quiero participar como los demás. Mamá me dijo que me quedara en mi nido, aunque sabe que me gusta estar con los demás. ¡Ah! Ya los veo á todos; pero se sientan todos junto á mi hermanita Susana, sin acordarse que yo espero aquí... Pues me voy á mi nido, y no quiero ver á nadie.

Y enojada la niña se dirigió á su cama para olvidar con el sueño su disgusto.

LOS CHICOS Y LAS RANAS

Dos muchachos que habían vivido siempre en la ciudad fueron durante un verano á pasar algunas semanas en casa de una tía suya residente en el campo.

Junto á una pequeña colina, cerca de la granja, había un estanque, y ya el primer día los chicos fueron á visitarlo al anochecer y entretuviéronse en arrojar piedras al agua.

Ahora bien: había allí dos viejas ranas, de las de mayor tamaño, colocadas en la extremidad de un leño, y en aquel instante hablaban de los pasados tiempos, complaciéndose en recordar sus enormes saltos.

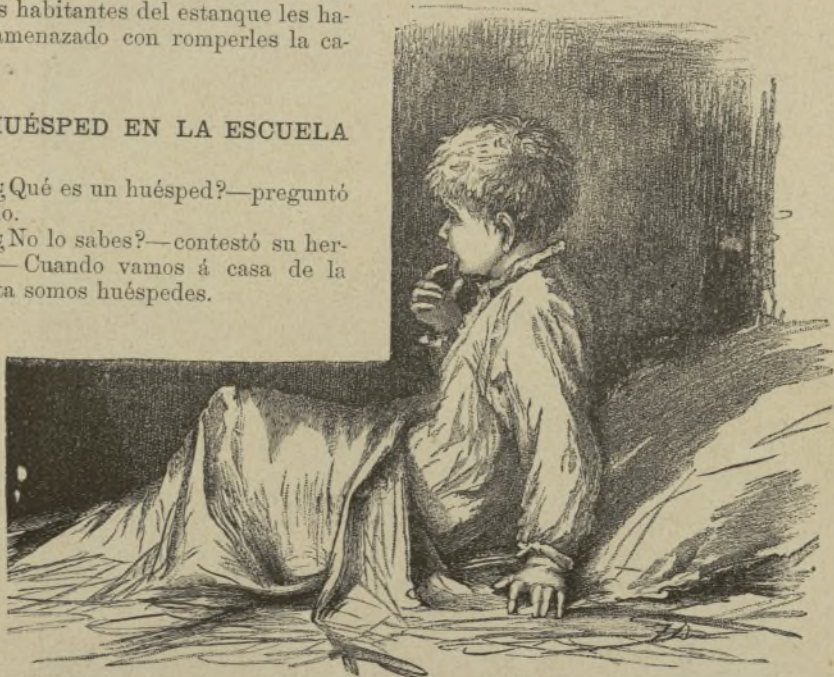
Cuando oyeron el golpe de las piedras en el agua, inflaron al punto sus bocas y comenzaron á gritar furiosamente *coax, coax*, desapareciendo después bajo el cieno.

Los inocentes chicos, creyendo que aquello era una amenaza, huyeron despavoridos, y al llegar á su casa contaron á su tía que los habitantes del estanque les habían amenazado con romperles la cabeza.

UN HUÉSPED EN LA ESCUELA

—¿Qué es un huésped?—preguntó un niño.

—¿No lo sabes?—contestó su hermana.—Cuando vamos á casa de la abuelita somos huéspedes.



La tierra de los despiertos

—Y cuando la abuelita viene aquí, ella lo será también.

—Huésped y visitante son una misma cosa.

Cierto día entró en la escuela un huésped. Cincuenta niños y niñas ocupaban la sala y ninguno de ellos le vió. La maestra se ocupaba en dar una nueva lección de dibujo.

—Mirad al modelo,—decía.—Donde veáis una línea tirad otra, y no os importe aunque no esté igual: la cuestión es hacerlo lo mejor que podáis.

Algunos niños obedecieron, otros tiraron líneas muy torcidas, y algunos no hicieron nada.

—¿Por qué no os ensayáis?—preguntó la maestra.

—No puedo,—dijeron dos niños.

—Ni yo tampoco,—añadió un tercero,—aunque ya lo he probado.

—Hijos míos,—dijo la maestra,—tenemos un mal visitante aquí.

Los niños miraron por todas partes sin ver á nadie.

—Ese huésped,—continuó la maestra,—me desagrada mucho, y será perjudicial para vosotros toda la vida. Tal vez no le veáis, pero está aquí, y antes de proseguir la lección

resolveremos lo que se ha de hacer con él. ¿Queréis un visitante que os haga perder vuestras lecciones, induciéndoos á ser malos?

—No, no,—contestaron los niños.

—Es un mal enemigo. ¿Queréis que le echemos de aquí, diciéndole que no vuelva más?

—Sí, sí.

—Ese huésped se llama *No puedo*. Abriré la puerta y vosotros mismos le echaréis, pues no le gustan los libros ni nada bueno.

—Así lo haremos,—replicaron los niños.



La tierra de los despiertos

La maestra abrió la puerta, y volvió á cerrarla al cabo de un momento.

Entonces los niños aprendieron bien sus lecciones y esforzaronse para complacer en todo á su maestra.

LA TIERRA DE LOS DESPIERTOS

—Vamos, Francisco: ya hace mucho tiempo que debías estar en cama,—dijo la mamá.

—No tengo ganas de ir; no quisiera nunca irme á la cama.

Pero á los pocos momentos el niño hubo de acostarse, y, al ver que todo quedaba oscuro á su alrededor, sus ojos comenzaron á cerrarse. Un momento después oyó una vocecita, y mudo de admiración incorporóse en el lecho.

Sobre su rodilla vió un hombrecillo, semejante á un muñeco, que tenía en la mano un largo alfiler con el cual le pinchaba.

—¿Para qué haces eso?—preguntó Francisco.

—Para que estés despierto,—contestó el enano.—Estás en la tierra de los Despiertos, y aquí no se permite á nadie dormir.

El niño, sentado en la cama, miró á su alrededor, pensando si sería cierto lo que el enano le decía. ¿No tendría ya que acostarse nunca? Esta idea le hizo sonreír de satisfacción.

En aquella tierra había otros muchos niños y niñas, y todos parecían muy contristados.

—¿Qué tienes?—preguntó Francisco á un niño que lloraba amargamente.

—Estoy cansado y tengo sueño,—contestó el muchacho.

—Pues ¿por qué no vas á dormir?

—¡Ah! Veo que no has estado aquí mucho tiempo, pues de lo contrario ya sabrías lo que pasa.

—Acabo de llegar, y todo esto me parece muy bonito.

—¡Ya me dirás si te gusta cuando te acometa el sueño! Yo también creí que la tierra de los Despiertos era muy agradable; mas ahora me parece que la del Sueño sería mejor.

—Pero ¿por qué no puedes dormir?—preguntó Francisco.

—Porque los enanos que andan aquí por todas partes, nos pinchan con alfileres cuando ven que nos acosa el sueño. Quisiera no haber venido aquí nunca,—añadió el niño, comenzando á llorar de nuevo.

Francisco creyó que era un tonto, y alejóse de él para interrogar á uno de sus compañeros.

Al fin llegó la noche. De las ramas de los árboles suspendieron grandes lámparas, que iluminaban el sitio con tanta claridad como si fuese de día; y los enanos corrían de un lado á otro para impedir que nadie se durmiese.

Francisco tuvo sueño, al fin, y comenzó á cabecear; pero un hombrecillo le pinchó con su alfiler, diciéndole que era preciso estar despierto.

Francisco trató de obedecer, pero sus ojos se cerraban, y en el mismo instante sentía el pinchazo. Entonces comenzó á gritar con toda su fuerza.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—preguntó una voz.

Era la de su mamá.

—No me gusta la tierra de los Despiertos,—gritó Francisco;—yo me acostaré apenas me lo mandéis.

—Creo que sueñas, Francisco,—repuso la mamá.

—Soñaba, pero ahora estoy despierto.

—Muy bien: pues ahora estás en la tierra de los Sueños. Buenas noches, y descansa en paz.

FIDO Y ADEL

Estos dos perritos fueron convidados un día á tomar te, prometiendo antes á su madre conducirse bien, y no atolondradamente como lo hacen otros. Pero ¿qué podía esperarse de semejante promesa? Cuando se les sirvió el te, en dos escudillas, vertieron el líquido por el suelo, manchándolo todo, y lamiéronlo después á su manera, como no podían menos de hacerlo unos animales tan traviesos, á los cuales no se podía exigir que procedieran como personas.

LO QUE LOS COPOS DE NIEVE DICEN

—Puros y nevados copos: ¿por qué bajáis de vuestras aéreas regiones para extenderos por la tierra, donde hombres y animales os hollarán sin reparo, haciéndoos perder vuestra immaculada blancura?

—Bajar de las alturas es nuestro destino, para revestir de blanquísimo manto las ciudades y los campos, los montes y las colinas. Y aunque nos pisen todos, convirtiéndonos en negra masa de barro, poco nos importa, y siempre quedamos contentos, porque hemos cumplido con nuestra dulce misión.

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Hijos míos,—dijo ella,—se va haciendo tarde y es menester que volvamos pronto á casa. Hay allí, ya veis, gran reunión; mucha gente en los balcones y en la puerta. Si nos acercamos más, de seguro que alguien querrá hablaros y ya sabéis que mamá no quiero eso.

Calláronse los niños y se miraron entre sí con aire indeciso; pero entonces

resonó un tambor, y Gustavito, no pudiendo resistir á su curiosidad de ver y oír más de cerca este instrumento, escapóse de las manos de Fanny y corrió hacia la casa gritando:

—¡Quiero escuchar la música! ¡Quiero verla!

Fanny se vió obligada á correr en pos de él hasta llegar en medio de la gente. El niño se había dirigido á un joven oficial, que le tomó en brazos diciéndole:

—¡Pardiez! Hé ahí un guapo muchacho, un soldadito, á fe mía, con algu-



Fido y Adel

nas pulgadas más que tuviese. ¡Vaya si verá el tambor y lo tocará! ¡Quisiera ver quien dijese lo contrario!

Al decir estas palabras, el galante alférez se llevó á Gustavo al rellano de la escalera que conducía al balcón. Fanny, con la mayor ansiedad, corrió tras de él rogándole no retuviese al niño que había sido confiado á su cuidado. Su ama, decía ella, estaría extremadamente descontenta de ella si desobedeciese sus órdenes.

La belleza de Fanny, su porte modesto al mirar al balcón, las lágrimas que corrían de sus ojos, interesaron á favor suyo á muchas personas, que exclamaron:

—¡Vamos, basta, Bloomington! Vuelve el niño; no estáis bien haciéndole perder su colocación.

(Se continuará)

Soluciones á los problemas, ejercicios y charadas del número anterior:

Triángulo: Platos, Lisos, Asas, Tos, Os, S.—Geroglífico: Una gruesa es igual á doce docenas.—Criptografía: Miguel de Cervantes.

Rompecabezas: Maximiliano, Gaudencio, Bartolomé, Inocencio, Silvestre, Pantaleón, Sebastián, Saturnino, Celedonio.—

Charadas: 1.^a, Almanaque; 2.^a, Amiguito; 3.^a, Tabaco.



PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

ESTRELLA

M
J . . . O
B . . I . . O
L . . . A
Ñ

Sustituir los puntos con letras de manera que formen tres nombres de varón y uno de mujer.

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra de la cual quitando una letra dé los siguientes resultados:

1.º, una tela; 2.º, tiempo de un tiempo; 3.º, pronombre; 4.º, consonante.

JOAQUÍN DE RIBA

CUADRADO NUMÉRICO

. . .
. . .
. . .

Sustituir los puntos con cifras que sumadas horizontal y verticalmente, y de vértice á vértice, den por resultado 15, advirtiendo que no debe repetirse ninguna.

J. OLLER T.

ARITMOGRAFÍA

1	2	3	4	5	6	7
3	5	6	7	1	2	
1	4	7	6	2		
3	4	6	5			
1	4	7				
3	4					
7						

1.º, nombre de mujer; 2.º, conjunto de animales; 3.º, música guerrera; 4.º, apellido de un célebre general español; 5.º, medida del tiempo; 6.º, nota musical; 7.º, vocal.

ANTOÑITO DÍAZ DE TERÁN

CHARADAS

El niño *primera prima* no *segunda tres*, porque le tiene cogido el *todo* de la cabeza á los pies.

MANUEL L. VICIOSO

TERCIO DE SÍLABAS

.
.
.

1.^a línea vertical y primer grupo horizontalmente, un cargo público; 2.^a, nombre de mujer; 3.^a, idem.

JUAN GUAU

CRIOGRAFÍA

a a o o o o d d l b e r z a n g e

Formar con estas diez y seis letras el nombre de un célebre guerrero.

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.